

Presentación de *Libro de mal amor*, de Fernando Iwasaki

Andrés Neuman

Estoy aquí para hablarles de un libro literalmente encantador: como en la hipnosis, resulta difícil no dejarse engatusar por Iwasaki y sus cuentos japoneses. Aunque no sean japoneses, sino peruanos. O aunque no sean sólo peruanos, sino también andaluces y tal vez hispánicos en general, con varias nacionalidades o ninguna.

Las patrias de este libro que hoy presentamos son las dos más importantes: el amor y el lenguaje, o el lenguaje del amor, o el amor al lenguaje. Perdonen si me enredo, pero es que en este libro hay también muchas ganas de jugar y, sobre todo, sentido del humor, que es una de las formas más eficaces de decir cosas tristes o terribles.

Una misma voz recorre diez historias diferentes. En una de ellas puede leerse un pasaje que tal vez sirva de síntesis de nuestro personaje:

«¿No tienes amor propio?», me preguntaban mis compañeras. Y la verdad es que no tenía, porque ninguno de mis amores me había pertenecido...

-Así aman los que saben -les decía a mis compañeras.

-Así aman los que saben que no tienen ninguna posibilidad -remachaban ellas.

Les presento a la galería femenina del *Libro de mal amor*: Carmen, morena, delgada y asustadiza; Taís, felina y autoritaria; Carolina, pálida y comunista; Alicia, la desagradecida bailarina; Camille, la beata enardecidora; Alejandra, patinadora de frágiles tobillos; Ana Lucía, la besadora inoportuna; Rebeca, la judía imposible; Ninotchka, glamourosa e inconmovible; e Itzel, mexicana, la mujer de todas las historias. Me gusta pensar -si bien poco importa- que es más un libro de cuentos que una

novela, a pesar de los guiños entre ellos y de que me imagino que el editor hará todo lo posible por sugerir lo contrario. Creo que se trata de cuentos con unidad de personaje, un personaje que en lugar de evolucionar narrativamente se reinventa una y otra vez, presentándose con infinita gracia ante el lector hasta completar diez aventuras de desamor o diez desventuras de amor.

El autor declara que no estamos ante un caso de amor no correspondido, sino de amores no correspondientes: y es cierto, porque a nuestro personaje nunca le corresponde amar a quien ama. De este modo, a medida que avanzamos en la lectura va conformándose un contramanual humorístico del mal amor, concebido con el santo objeto de que el lector *no* tome el ejemplo. Sin embargo, más allá de la risa, sus episodios formulan como quien no quiere la cosa una dialéctica sobre el alcanzar y el ser alcanzado, sobre el sujeto amante y el objeto amado. O, mejor dicho para el caso de nuestro pobre personaje, sobre el objeto amante y el sujeto amado.

Que el inventario de este libro sea femenino no impide que en él nos encontremos con lúcidas caricaturas del animal masculino: “el macho humano es el único animal capaz de proteger de los intrusos una desolada parcela de cemento”. En estas páginas la inteligencia manda y el humor dispone, o al revés. Escuchen, si no, esta sincera confesión:

Nunca me arredró ser moreno cuando los rubios se pusieron de moda, ni ser bajito cuando los altos se las llevaban al huerto, ni ser más bien feúcho cuando hasta los guapos bajitos y morenos dieron buen resultado. No. A mí lo que me tiró por los suelos, literalmente, fue amar sin saber patinar.

Patinando a lo largo de la amable superficie de estas historias, he ido descubriendo en su fondo implicaciones de lo más serias (con la disculpa de Fernando). Por ejemplo: el secular conflicto del uno con la colectividad; la fatal recurrencia del azar; más de un irónico guiño político acerca de la

progresía peruana y, en general, una reflexión sobre la identidad y los personajes, la memoria de alguien que está dispuesto a no saber quién es con tal de amar. Pero todo ello, insisto, aderezado con un ingrediente mágico y escaso: la ternura.

El estilo de Iwasaki, jocosos y elegante, es un homenaje al hedonismo verbal. Voy a darles sólo un ejemplo de su agilidad, felina como la de la bella Taís: [p. 22, a dos voces]. También destaca su riqueza léxica, que nos hace cosquillas en los ojos e incorpora con sabrosa naturalidad voces hispanoamericanas y españolas (y algún que otro desternillante retrato andaluz). Tengo que decir que Iwasaki es de los pocos narradores de su género capaces de convencerme con un juego de palabras, en lugar de impacientarme o indignarme, como es lo habitual. Especial sorpresa me causó comprobar cómo su estilo conjuga la sátira ideológica y la broma lingüística. Escuchen:

También existían afrancesados en los dos sentidos (el filosófico y el falosófico), como un general que fue ministro del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas y que citaba indistintamente a Jean-Paul Sade y al Marqués de Sartre. Una cosa no quitaba la otra, y entonces era tan afrancesado el que hacía el 68 como el que hacía el 69.

En definitiva, yo les recomiendo que lean estos cuentos. Si no lo hacen, vivirán un poco más aburridos. Su autoirónico personaje -ese Don Juan al revés, ese Arcipreste sin serranas- nos dirige una voz cómplice con nuestras experiencias, nos permite reírnos de nosotros y de nuestros más encantadores defectos y más tiernos batacazos. No imaginan ustedes el alivio que se siente, después de haber leído el *Libro de mal amor*, al poder exclamar mirándose al espejo: Sí, soy un cobarde... ¡y a mucha, mucha honra!

Eso sí: trágicos o divertidos, les advierto que los cuentos de Iwasaki hacen daño a la memoria sentimental, y a algunas otras cosas que ya se me olvidaron.

Feria del Libro de Granada, 2002